

España hoy, España mañana

Cayo Lara,
portavoz del Grupo La Izquierda Plural

Año 2012: presente de la situación económica española. La crisis se ha agravado seriamente y las políticas de austeridad aplicadas hasta el momento no han servido para otra cosa más que para acelerar esa circunstancia, lo que pone de manifiesto el fracaso de las políticas de ajuste. Esta tendencia suicida nos lleva a pensar que desde los poderes económicos y financieros se está utilizando la crisis como excusa para lanzar un ataque final contra lo público mediante su privatización y recortes sin fin. Desde mi perspectiva, atacar lo público es atacar la democracia...

Se argumenta que la finalidad de esas medidas es garantizar que el Estado retorne la deuda a los especuladores. No puedo estar de acuerdo. El objetivo más importante para nuestro país debe ser el empleo y ello nos obliga a adoptar las medidas adecuadas que permitan estimular la economía productiva y la consiguiente creación de puestos de trabajo. Pero la diná-

mica infernal en la que nos han metido los famosos mercados pasa por sacrificar las políticas de empleo y no incorporar ningún plan, ninguna propuesta que vaya en la dirección de luchar por dar un vuelco a la grave situación que viven más de cinco millones de personas.

Hay aspectos reveladores que han aparecido con la llegada del nuevo Gobierno del PP. La subida de impuestos del Ejecutivo de Mariano Rajoy confirma, al menos, que sí es posible disminuir el déficit con más ingresos. Este hecho había sido negado de forma contumaz por el PSOE y por el PP. Por tanto, hemos de darles la bienvenida a la idea de que la reducción del déficit no sólo pasa por el recorte del gasto, sino que también el aumento de los ingresos puede jugar un papel determinante. Saludamos la conversión, aunque criticamos que estas medidas fiscales, aparentemente progresivas, hagan recaer su coste principalmente



“Los poderes económicos y financieros utilizan la crisis como excusa para lanzar un ataque final contra lo público mediante su privatización y recortes sin fin”

Porque nos importa España

Rosa Díez,
portavoz del Grupo UPyD

El primer debate tras la investidura de Mariano Rajoy como presidente del Gobierno fue decepcionante. Sólo se escucharon –con puntualísimas excepciones– palabras huecas repetidas, tópicos defensivos u ofensivos y acusaciones sobre la responsabilidad que cada cual tiene que asumir por haber llegado a esta situación. La reflexión sobre la dramática situación política por la que atraviesa nuestro país brilló por su ausencia. Picoteamos sobre las medidas puntuales sin hacer un diagnóstico completo antes de seguir tomando decisiones coyunturales que lo único que conseguirán es retrasar el hundimiento de la nave que en este caso se llama España.

Creo que ha llegado la hora de la verdad y que hemos de dejar de soñar con que saldremos de esta crisis haciendo lo mismo que hacen los países de nuestro entorno. Nuestro hecho diferencial no es sólo que España tenga un modelo económico ineficiente; o un modelo de relaciones laborales largamente fracasado; o un sistema financiero tan vinculado al poder político que ha pervertido su objeto social hasta convertirse en mero receptor de créditos públicos. Nuestro hecho diferencial es que España tiene una estructura política y territorial que la ha convertido en un Estado inviable en lo político e insostenible en lo económico. Mientras no nos enfrentemos a ese problema seguiremos hundiéndonos sin remedio.

Me atrevería a decir que a estas

alturas apenas nadie duda de la necesidad de reformar el modelo territorial del Estado. El diseño que se hizo al elaborar la Constitución del 78 ha fracasado. Es probable que cuando se redactó el título octavo de la Constitución se llegara todo lo lejos que aquel momento se podía y que definir con mayor claridad los techos competenciales definitivos de cada una de las administraciones públicas y cerrar el modelo fuera considerado imposible o innecesario. Se nos acaba el tiempo. El modelo autonómico español, tal y como ha venido desarrollándose, no da más de sí. No vamos a ser prisioneros de nuestra breve historia democrática ni vamos a dar por consagrado ningún derecho por muy histórico que se defina en nuestra propia Carta Magna. No saldremos de la crisis económica y social si no nos enfrentamos con la crisis política, que está en las instituciones. No tenemos derecho a no hacer nada escudándonos en lo dificultoso del trámite, en los riesgos que corremos al emprender este camino de reformas imprescindibles. Se levantarán en contra las voces de todos aquellos que se benefician del *establishment*, de que no cambie nada; pero no hemos de interrogarnos sobre lo que perderemos si no hacemos nada.

Hay quién se empeña en explicarnos que la crisis económica es internacional, que está controlada por unos entes extraños llamados mercados y que poco podemos hacer salvo obedecer a no se sabe

muy bien quien. Es cierto que la crisis es global; pero no es verdad que lo único que podamos hacer es seguir instrucciones. Porque en nuestro país hay una crisis interna, inequívocamente española, a la que nos tenemos que enfrentar nosotros solitos ya que nadie va a venir de fuera a resolvérnosla. Las instituciones comunitarias intervienen para evitar que nuestros problemas agranden los de la UE; nos dictan el déficit máximo y nos controlan –como al resto de países miembros– el monto total de nuestros presupuestos; pero de nosotros depende en qué y cómo invertimos esos recursos. O sea, la acción política –o la inacción, que es una forma de actuar cada vez más extendida entre los mal llamados políticos– depende de los políticos que los españoles hemos elegido en las urnas. De nuestros políticos –entre los que me cuento–, de su capacidad, de su autonomía ejercida al máximo, de su valor para enfrentarse a las consecuencias de sus actos, dependerá en última instancia si seguimos atascados o si aceleramos el paso para no perder el último vagón del último tren que pase por delante.

De nosotros depende que haya barra libre dentro de nuestras fronteras nacionales para malgastar los escasos recursos o que se controlen los presupuestos autonómicos antes de ser aprobados; de nosotros depende que, además de controlar el tope máximo de gasto, imponamos al conjunto de las administraciones públicas que gestionan nuestros impuestos las medidas que hagan efectivos, en condiciones de igualdad, los derechos fundamentales que la Constitución proclama para todos los españoles; de nosotros depende que destinemos una parte sustancial de nuestro dinero a garantizar la sostenibilidad y la cohesión entre territorios y ciudadanos; de nosotros depende que terminemos con las diecisiete fronteras interiores que lastran nuestra capacidad de

sobre las rentas del trabajo y los ingresos por IRPF.

Es importante este levisimo enfoque porque habría que recordarles a quienes se empeñan en satanizar el papel del Estado y de lo público que las dificultades de los Estados surgieron como consecuencia del esfuerzo realizado ante los graves problemas de los bancos. Este aspecto es muy singular porque después de haber rescatado del desastre a la Banca, para lo que han tenido que endeudarse gastando enormes cantidades de dinero, los Estados son acusados ahora de manirroto...

De cara al futuro: ¿Cómo superar y reconducir la situación? Al respecto, hemos de reconocer que, hasta ahora, la ‘salida’ a la crisis está siendo gestionada por los mismos que la crearon. Para quienes no lo hayan visto todavía, recomiendo el documental, *Inside Job*, un material excelente para comprender la naturaleza del problema, así como para visualizar la ‘importancia de restaurar la honradez y la estabilidad a nuestro sistema financiero’, según su director, Charles Ferguson.

En cuanto a nuestra propuesta, ésta pasa por construir un nuevo modelo productivo que represente la transición hacia un sistema superador del neoliberalismo.

Aprendamos de las lecciones del pasado, las malas y las buenas. En un pacto social que hoy parecería de ciencia ficción el Estado de bienestar posibilitó el resurgir de una Europa destrozada por la Segunda Guerra Mundial, pues se

minimizaron las condiciones objetivas para que prendieran alzamientos sociales allí donde las situaciones de desigualdad eran más explosivas.

Nosotros no creemos que la derecha económica esté hoy por un pacto social; las recientes experiencias lo demuestran. Tampoco pensamos que las condiciones históricas, y las consecuencias de la misma crisis, lo hagan posible. ¿Qué hacer, entonces? Tal vez, la única salida esté en la superación de un modelo económico donde el factor dominante es el capital financiero y la apertura del camino hacia un sistema de producción humana y ecológicamente sostenible, cuyo objetivo fundamental es el pleno empleo, digno y de calidad.

El empleo está por encima de todo porque sólo el trabajo crea riqueza y la Democracia ha de ser un instrumento fundamental, porque sólo ella coloca el interés general de un desarrollo sostenible y justo por encima del beneficio particular. Los especuladores no pueden operar con patente de corso. El déficit público se puede reducir con más ingresos que provengan de la lucha contra el fraude fiscal y la economía sumergida (ambas son las fuentes que permiten un mayor recorrido recaudatorio) y el incremento de la contribución fiscal de los sectores que más se han beneficiado. La clave es la voluntad política y la convicción de que ésta debe incluir también a los de abajo. Vistas así las cosas, opino que el futuro ha de pasar por el sentido común.



“De nosotros depende que haya barra libre para malgastar los recursos o que se controlen los presupuestos autonómicos antes de ser aprobados”

crecimiento y desarrollo económicos; de nosotros depende que acabemos con los más de cinco millones de públicos ineficaces, ineficientes y en muchos casos completamente artificiales que pueblan nuestra geografía nacional; de nosotros depende que persigamos el fraude fiscal y afloremos decenas de miles de millones que hoy no se ingresan en nuestras arcas públicas; de nosotros depende que se impulsen políticas activas para que

los empresarios y los emprendedores puedan desarrollar sus iniciativas y para que nuestros jóvenes no tengan que irse de España.

No es verdad que haya que dedicarse únicamente a obedecer a quien nos habla en idioma extranjero.

Creo que el recreo se ha terminado para todos y para todo. Es la hora de actuar sobre nuestros profundos problemas estructurales; es la hora de impulsar un modelo de país sostenible en lo económico y viable en lo político, que garantice la cohesión y la igualdad entre españoles. Es la hora de revisar y de unir todo lo que hemos ido desmantelando en las últimas legislaturas; es la hora de reivindicar derechos de ciudadanía frente a los discursos identitarios que tanto daño han hecho a nuestra joven democracia. Es la hora de defender la democracia, la ley y la justicia. Es la hora de la política y de los políticos sin miedo. Pongámonos a ello.

Pero hay otro elemento de preocupación ante esta crisis: un país competitivo debe ser, necesariamente, un país unido. Un país en el que no existan mercados fragmentados, en el que esté garantizada la libre circulación de las personas y mercancías y los capitales no encuentre frenos. En esto también estamos fallando.

La política española, dominada por las concesiones a los nacionalistas, está dejando al Estado sin instrumentos para desarrollar políticas económicas eficaces contra la crisis, que reclama una planificación racional centrada en el interés general y no en el de determinados partidos o elites regionales. El nacionalismo nos cuesta muy caro a los ciudadanos, aunque sea muy cómodo para algunos políticos que han perdido el sentido de estado. Lo que nos lleva a la triste conclusión de que, más allá de la crisis económica, España sufre una crisis política. Lamentablemente la crisis no sólo está en los mercados; está en las instituciones.